

Filipenses 2:5-11

Domingo de Ramos 2003

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. (Fil 2:5-11)

Adoptemos la actitud de Jesús

Adoptando una actitud de humilde servicio

Esperando a que Dios nos eleve a la gloria

Tal vez hayan observado a alguien que se enoja con facilidad y siempre se está metiéndose en pleitos. O tal vez a alguien que sólo piensa en él mismo y no le importa nada que sufran los demás. ¿No se nos ocurre en esos casos que lo que esos individuos necesitan en un cambio total de actitud, un nuevo modo de pensar? Pues Pablo nos invita a mirar no sólo a los demás, sino a nosotros mismos para preguntarnos si nuestra actitud siempre es la que conviene para los que son miembros de la iglesia de Jesucristo. En los versículos antes de nuestro texto dice a los cristianos en Filipos: “Por tanto, si hay algún consuelo en Cristo, si algún estímulo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás” (Fil. 2:1-4). Nada por rivalidad. Estimen cada uno a los demás como superiores a nosotros mismos. Busquemos el provecho de los demás. Parece que todos necesitamos un ajuste en nuestras actitudes, ¿no es así?

Pero qué difícil nos resulta adoptar estas actitudes. Tenemos que confesar que por nosotros mismos no lo podemos hacer. Por mucho que tratáramos, siempre fallaríamos. Por eso nuestro texto es tan necesario para nosotros. Allí se presenta a uno que realmente adoptó esas actitudes, en beneficio de nosotros.

Realmente no preguntó qué es lo que convenía para él, sino buscó lo que sería provechoso para nosotros. En realidad, él hizo todo esto perfectamente en nuestro lugar, para pagar por tantas veces que nosotros hemos fracasado. Pero luego al mismo tiempo se ofrece como un modelo para todos los que por la fe tenemos su perdón y estamos en comunión con él. Así meditemos en el tema hoy: Adoptemos la actitud de Jesús. 1. Adoptando una actitud de humilde servicio. 2. Esperando a que Dios nos eleve a la gloria.

El texto que estamos considerando hoy es uno de los grandes y magníficos textos doctrinales que trata de los dos estados de Cristo según su naturaleza humana. Como tal se usa mucho en los textos de doctrina bíblica para hablar de los dos estados de Cristo, su humillación y su exaltación.

Sin embargo, hoy queremos tratar de una forma un poco diferente este texto. Queremos usarlo como Pablo mismo lo usa en la Carta a los Filipenses. Sirve como una ilustración y un ejemplo para una gran exhortación a los cristianos en Filipos. A ellos les escribió: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. ¿Es difícil no buscar el propio bien, sino el de los demás? Miren lo que hizo Cristo. ¿Es difícil no hacer nada por rivalidad o vanidad? Miren a Cristo y su actitud. ¿Es difícil poner al otro en el lugar número uno en nuestros pensamientos y acciones? Miren la actitud de Jesús. Allí encontraremos no sólo el consuelo del perdón, sino un ejemplo inspirador que nos ayudará a vencer los deseos malos y los pecados que están tan arraigados en nuestra naturaleza pecaminosa.

¿Qué hizo Jesús? “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse”. La frase que dice que Jesús estaba en forma de Dios sencillamente quiere decir que él es Dios en su misma naturaleza. Como tal, desde la eternidad ha gozado de toda la gloria divina. Cuando él se hizo hombre, hubiera tenido todo el derecho a aparecer con el esplendor que correspondería a uno en quien toda la plenitud de la deidad habitara corporalmente. Hubiera tenido el derecho a exigir el homenaje inmediato de todo ser humano que cruzara su camino, y castigar con la muerte inmediata a cualquiera que no le hiciera caso.

Sin embargo, no hizo nada de esto. Aunque este hombre que nació en Belén era Dios con todos los derechos y privilegios de Dios, no usó ni exhibió plenamente esos poderes divinos. No consideraba la gloria y la igualdad con Dios como algo a que debería aferrarse. Todo lo contrario. “Se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres”.

Lejos de parecer al concepto popular de un “hombre divino”, o siquiera un superman, Cristo adoptó la apariencia más humilde. Nació en un establo. Creció en una casa humilde. Aun de grande no tenía en dónde recostar su cabeza. Tomó la forma de un siervo, es decir, de una de las criaturas que debe total sujeción a Dios y que está obligado a servir el bien de su prójimo. No sólo se hizo hombre, sino que se sujetó a todo lo que nuestro pecado había hecho de la humanidad. Sintió tristeza, hambre, sed, dolor. Se puede describir como el hombre de dolores, porque este santo ser durante toda su vida estaba sufriendo las consecuencias de nuestro pecado.

“Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte”. Como verdadero Dios, ciertamente no debía morir. Aun como hombre que nunca había pecado, no estaba naturalmente sujeto a la muerte. Sin embargo, precisamente en esto estaba su obediencia. Dios le envió con el fin de sufrir y morir. “Dios Padre al Hijo así habló: ‘Ya es hora de apiadarse: Ve al mundo Tú — mi propio Yo — Que no podrá salvarse; Sé tú del hombre salvación, Concédele del mal perdón; Vivir hazlo contigo”, escribe Lutero en su conocido himno, *Cantad, cristianos, por doquier*. Sería doloroso, indescriptiblemente doloroso para Jesús. Sin embargo, en lugar de insistir en mantener los privilegios que eran suyos como Dios, estaba dispuesto a pagar el precio. “El Hijo en su sin par amor Obedeció al Padre: A ser mi Hermano y Mediador Nació de virgen madre. De su Deidad no se glorió, Cual siervo humilde aquí vivió, Al diablo combatiendo”.

En el caso de cualquiera de nosotros, la muerte no es algo opcional. Es nuestro destino, lo que nuestro pecado nos ganó. Queramos o no, tenemos que morir. No fue así con Jesús. Él fue voluntariamente a la muerte. En su caso fue la voluntad de su Padre celestial y nuestra necesidad de salvación lo que lo llevó a seguir esos dolorosos pasos hasta el Gólgota, en donde dejó que le fijaran los clavos y lo suspendieran en la cruz para morir. Porque no era una muerte suave la que Jesús sufrió. No murió pacíficamente en su sueño en una cama suave de una recámara de un palacio. Estuvo fuera de la ciudad, a la vista de todos, muriendo la muerte de los peores criminales, “haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”. Jamás ha descendido un hombre tan bajo voluntariamente. Cuando se contrasta con la gloria que podría haber exhibido desde el momento de su tomar nuestra carne, tanto más nos maravilla que él escogiera esta degradación de morir como el peor de los criminales.

¿Qué es lo que realmente tenemos aquí? ¿No es el ejemplo más sublime que jamás podríamos ver de “no buscar el propio provecho, sino el de los demás”? Aquí vemos lo que realmente

significa “estimar cada uno a los demás como superiores a él mismo”. No contó a él mismo como el número uno, para buscar lo que conviniera a él. Buscó sólo nuestro provecho, y al hacerlo, se sometió a la terrible muerte en la cruz.

Por un lado, ¿no nos avergüenza esto? ¿No nos revela lo que realmente es toda nuestra lucha por privilegios y a destacarnos y a buscar servirnos de los demás en vez de servirlos? Cuando nos comparamos con este ejemplo sublime de amor desinteresado, que sólo buscó el bien de sus semejantes, y que estaba dispuesto a abandonar todo privilegio para él mismo, ¿no nos ruborizamos?

Pero, por otro lado, ¿no nos consuela esto sobremanera? Lo que Dios exigió al hombre era la obediencia. Y aquí recibió lo que el hombre le debía. Nosotros no se lo damos, pero Jesús, que vino para ser nuestro Sustituto, sí se lo dio, en nuestro lugar y en nuestro beneficio. Por eso somos salvos, perdonados, hijos de Dios, herederos de la vida eterna. Esta perfecta obediencia de Cristo es la obediencia que ahora por fe se acredita a nosotros de modo que Dios ahora nos recibe como sus hijos en su reino celestial. Verdaderamente, Jesús buscó no lo que aprovecharía a él, sino a nosotros.

Y ahora, en gratitud por este supremo sacrificio que hizo el que tomó nuestra carne, la forma de un siervo, que se hizo obediente hasta la muerte, de hecho, la muerte de cruz, Pablo nos invita y exhorta a adoptar la misma actitud. “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. ¡Que tengamos la misma actitud! ¡Qué sigamos el ejemplo de nuestro Señor! ¡Amemos como él amó! ¡Sometámonos voluntariamente a lo que traiga beneficio a los demás! Tenemos la salvación que tanto costó a nuestro Salvador para motivarnos. Tenemos a hermanos y vecinos que tanto necesitan nuestro amor. Sí, adoptemos esta actitud de humilde servicio que nuestro Señor nos muestra especialmente en la Semana Santa.

Pero también tenemos otro estímulo para ese cambio tan drástico de nuestra actitud natural. Otra vez es nuestro Salvador que nos muestra el camino. Después del sufrimiento, entró en su gloria. “Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre”. Se humilló en obediencia a Dios porque Dios quiso nuestra salvación. Pero una vez que esa salvación fue lograda, Dios mismo puso fin a la degradación y la humillación. Exaltó a Jesús hasta lo sumo. Lo resucitó de los muertos, lo llevó a la gloria celestial, lo sentó a su diestra, y le dio todo poder en el cielo y en la tierra. Lo honró por su obediencia y humilde servicio.

El que no vio la gloria divina que siempre había tenido como algo a que aferrarse cuando era hora de venir a la tierra y obrar nuestra salvación, ahora recibe de la mano de su Padre celestial y de su propia naturaleza divina toda la gloria que siempre había tenido desde antes de la fundación del mundo. Ya no tiene la apariencia de un siervo. Ya no está sujeto a nadie. Más bien, él reina sobre todas las cosas. Ha recibido un nombre que es sobre todo nombre. Se revela claramente como “el Señor”, Jehová, el Dios verdadero, el creador y gobernador de toda la creación.

Llegará la hora cuando todos tendrán que reconocer su poder y autoridad. “Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra”. Ésta es la intención de Dios al dar a Jesús todo honor y todo poder aún según su naturaleza humana. Toda rodilla debe arrodillarse delante de él, rendirle homenaje y honor.

Naturalmente quiere que lo hagamos ahora por fe, aceptando su salvación y perdón y dejando que él rija nuestros pensamientos, acciones y actitudes en nuestra vida terrenal. Quiere que lo reconozcamos ahora como “mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, y me ha rescatado y conquistado de todos los pecados, de la muerte y del poder del diablo, no con oro ni plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte”. Pero también quiere que “viva bajo él en su reino, y le sirva en justicia, inocencia y bienaventuranza eternas”. Quiere que yo también adopte su modelo de humilde servicio para el bien de los demás. Algunos no lo harán en esta vida, y tendrán que reconocer cuando es demasiado tarde que Jesús es realmente el Rey de reyes y Señor de señores. Pero quiere que nosotros lo reconozcamos ahora con gratitud para que sigamos rindiéndole homenaje por toda la eternidad.

Y no será en vano que lo sirvamos. También a nosotros se aplica la regla, primero el sufrimiento y la humillación, la actitud del humilde servicio, y sólo después la gloria. “Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Tim. 2:12). Será otro don de la gracia de Dios, pero nuestro destino también, después de servir a nuestro Señor sirviendo humildemente a los hermanos aquí, será la gloria que Jesús compró para nosotros con su humilde sufrimiento que llegó a su clímax en el primer Viernes Santo.

Hermanos, inspirados por el ejemplo de Jesús, motivados por la gran salvación que nos compró, e impulsados por el conocimiento de que el humilde servicio de Cristo nos llevará al fin a la gloria inexpressable, haya en nosotros este sentir, que hubo también en Cristo Jesús. Amén.